

PR5319

A2

A44

1831

V.2



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

KENILWORTH.

CAPITULO IX.

Aquí es donde ha colocado
Su fragua; y cuando amanece,
Su fuerte brazo aparece
De un martillo enorme armado
Con gran violencia golpea
El hierro que ha enrojecido
El carbon, que así chispea
Y con fuelles ha encendido.

GAY.

HABIENDO convenido Tresilian con Gil Gosling en que le convenia evitar que en las inmediaciones de Cumnor le divisase alguno de los que por casualidad pudiesen salir del lecho ántes de amanecer, el posadero le habia indicado un camino poco frecuentado que por diversas sendas y rodeos debia conducirle, si le seguia exactamente, al camino real de Marlborough.

Pero, así como otros consejos de distinto género, eran estas instrucciones mas fáciles de darse que de seguirse, y los continuos recordos del camino, la oscuridad de la no-

II.

I

010764

che, el poco conocimiento que tenia del terreno, y las tristes reflexiones que ocupaban su imaginacion, le estraviaron de tal suerte que la aurora le encontró no mas léjos que en el valle de White-Horse, sitio memorable por una batalla que perdiéron los Dinamarqueses. Notó entónces que su caballo estaba desherrado de un pié delantero, lo que podia retardar su viage si el animal llegaba á ponerse cojo. Su primer cuidado fué preguntar á dos aldeanos que iban á sus labores, en donde podria encontrar un herrador; pero no le supieron decir cosa de provecho. Queriendo aliviar á su caballo en cuanto le fuese posible, se apeó, y le condujo por la brida ácia un pueblecito en donde esperaba poder hallar quien le sacase del apuro. Llegó allí por un camino estrecho lleno de lodó y de malos pasos, y solo dió con algunas miserables chozas, en cuyas puertas se preparaban á comenzar sus trabajos dos ó tres aldeanos de mala facha. Una de estas chozas tenia mas buena apariencia que las otras, y la vieja que barria la entrada tenia mejor estampa que sus vecinos. Tresilian, acercandose á ella, le preguntó lo que en vano habia procurado saber de los otros.

— ¡Un herrador! dijo la vieja mirandole con una especie de sorpresa: ¡si hay aquí un

herrador! sí por cierto; pero ¿que le quiere vm.?

— Que hierre mi caballo que ha perdido una herradura.

— ¡Señor Holyday! gritó sin responderle, ¡señor Erasmo Holyday! venga vm., venga vm. pronto, si gusta.

— *Favete linguis*, respondió una voz que salia de adentro. Estoy en el momento mas crítico de mis estudios matutinos, y no puedo dejarlos.

— Pero es preciso que venga vm., señor Holyday; aquí hay un viagero que pregunta donde está la habitacion del herrador Wayland, y no seré yo quien le enseñará el camino para ir al diablo. Se le ha desherrado el caballo.

— *¿Quid mihi cum caballo?* respondió la misma voz. Creo que solo hay un hombre instruido en todo este distrito, y se necesita de él para herrar un caballo.

Entretanto al decir esto el bueno del pedagogo se presentó; sus vestidos bastaban para reconocerle al momento por tal. Era muy alto, muy flaco, y entre los largos cabellos negros que cubrian su cabeza se asomaban algunos blancos. Sus facciones manifestaban estampada la magistral autoridad, que sin duda Dionisio trasladó, desde el trono que dejaba, á la silla de maestro de escuela que despues ocupó,

y que pasó á título de legado á todos sus sucesores en esta profesion. Solo se veía de su vestido un gran sayo negro que ajustaba un cinturón de cuero del mismo color, del que estaban suspendidos, en lugar de sable, un gran cartapacio de cuero, y al lado opuesto una grande palmatoria al modo de Arlequin, y tenia en su mano el volúmen descuadernado en que acababa de leer.

Viendo un hombre del carácter de Tresilian, que el pedante se hallaba en estado de juzgar mejor que los demas habitantes del pueblo, se quitó la gorra, y le saludó diciéndole: *Salve, domine. ¿Intelligisne linguam latinam?*

— Tresilian quiso mostrarse sabio, y le respondió: *Latinæ linguæ haud penitus ignarus, veniã tuã, domine eruditissime, vernaculam libentiùs loquar.*

Esta respuesta en latin produjo en el maestro de escuela el mismo efecto que los signos de los francmasones producen, segun dicen, en los hermanos del mandil. Al punto empezó á interesarse en favor del sabio viagero, escuchó la historia del caballo desherrado, y le dijo con un tono solemne: — Pareceria una cosa sencilla, *doctissime domine*, decir á vm. que una milla distante *ab hoc tugurio* se encuentra el mejor *faber ferrarius*, el mas há-

bil herrador que puede hallarse en el mundo. Si pues dirigiese yo á vm. este language, oso decir que estaria vm. *voti compos*, como vulgarmente se dice, muy satisfecho.

— Al menos, dijo Tresilian, obtendria una respuesta directa, lo que no parece cosa muy fácil en esta tierra.

— ¡Ciertamente, dijo la vieja, cuando solo se trata de enviar una alma pecadora á Santaná! ¡indicar á una persona de carne y hueso la habitacion de Wayland!

— ¡Poco á poco, Gammer Sludge! dijo el domine, ¡poco á poco! *curetur jentaculum*, no deje vm. quemar mis sopas en leche. Este caballero no está de humor de escuchar tanta prosa. Volviendose ácia Tresilian entónces, le dijo: Parece pues, señor, que se encontraria vm. *bis terque felix*, si yo le indicase la habitacion de ese herrador.

— Tendria á lo menos, señor, respondió Tresilian, todo lo que ahora me falta, un caballo en estado de llevarme al fin de mi viage; y léjos de tu erudicion, añadió para su capote.

— ¡*O cæca mens mortalium!* dijo el doctor de aldea. ¿Sabe vm. que es lo que pide? Con razon dijo Juvenal: *Numinibus vota exaudita malignis.*

— Señor mio, dijo Tresilian, la erudicion

de vm. es tan sublime, que le suplico me permita buscar fuera de aquí otras personas á quienes pueda comprender.

— ¡He aquí los hombres! huyendo siempre de las luces, de los consejos, de la instruccion. Quintiliano decia bien....

— Por amor de Dios deje vm., señor, en descanso á ese Romano célebre, y dígame si se dignará su ciencia selecta informarme si podré encontrar aquí alguna posada en donde descansen mi caballo miétras voy á buscar al herrador.

— Eso será una cosa fácil, señor, pues aunque no existe un *hospitium* en forma en este pobre rincón, *nostra paupera regna*, sin embargo, como tiene vm. algunas nociones, al menos alguna tintura de las letras, emplearé mi intercesion con la ama de la casa para procurarle un plato de sopas en leche, alimento muy sano, de que no han hablado los autores latinos de que hago memoria. Atarémos el caballo al pesebre, le daremos en abundancia heno, pues la buena muger tiene tal provision, que puede decirse que su vaca se entierra en él hasta los cuernos, *faenum habet in cornu*. Y si gusta vm. hacerme el honor de acompañarme á almorzar, el banquete no le costará nada, *ne semissem quidem*, porque Gammer Sludge me debe estar sumamente

agradecida por el trabajo que me he tomado en formar su único heredero Dick ó Ricardo, muchacho de grandes esperanzas, á quien he hecho con felicidad viajar por entre los elementos de la lengua latina.

— Dios se lo pague á vm., señor Holyday; y en cuanto á este digno caballero, si quiere aceptar nuestro almuerzo, le pondré al punto sobre la mesa. Por lo demas, no tengo el alma tan baja que quiera recibir un cuarto por dar de comer á un hombre y á una bestia.

Viendo el estado de su caballo, Tresilian creyó que lo mejor que podia hacer era aceptar el convite que se le hacia de un modo tan sabio por una parte, y tan obsequioso por otra; y esperaba que cuando el dómine hubiese agotado todos sus latines y su conversacion, se dignaria por último decirle donde vivia el dichoso herrador. Entró pues en la choza, y almorzó con Erasmo Holyday, escuchando durante media hora la siguiente relacion de la vida del maestro de escuela, que jamas hallaba ocasion de hablar sobre lo que á él le interesaba. Disimulenos el pío y benévolo lector, si, en lugar de seguir paso á paso al docto personage en todos los pormenores con que favoreció á Tresilian, nos limitamos únicamente á darle el siguiente extracto.

Habia nacido en Hogsnoton, en donde,

segun el proverbio popular, los cerdos tocan el órgano, proverbio que él interpretaba de una manera alegórica, refiriendole á los cerdos de Epicuro, en cuyo número hacia gala de contarse Horacio Flaco. Su nombre Erasmo le provenia en parte de que su padre era hijo de una famosa lavandera que habia lavado á este sabio ilustre sus camisas todo el tiempo que permaneció en Oxford, lo que ofrecia sus dificultades, porque las camisas eran dos, y miéntras la una se ensuciaba, era preciso lavar la otra con puntualidad y exactitud. El señor Holyday poseia aun con orgullo parte de una de esas *camisix* que su abuela habia conservado en pago de lo que le debia. Pero él creia que otro motivo mas poderoso y mas plausible habia contribuido á la eleccion del nombre de Erasmo que le pusieron en la pila bautismal, y era un presentimiento secreto que tenia su madre durante el embarazo, de que el futuro infante seria de un ingenio que elevaria con el tiempo su fama al nivel de la del sabio Holandés.

El apellido del maestro de escuela le dió asunto para otra disertacion tan larga como su nombre de bautismo. Inclinabase á creer que se llamaba Holyday, *quasi lucus à non lucendo*, porque daba á los muchachos pocos dias de huelga ó de asueto. Asi es que al

maestro de escuela, decia él, le llaman los autores clásicos *ludi magister*, porque impide á los muchachos jugar en la escuela y ser enredadores. Sin embargo, por otra parte hallaba que se podia dar á este apellido otra interpretacion, y suponer que tenia relacion con el talento superior que poseia para arreglar los juegos escénicos, los bailes, y demas diversiones de las fiestas (1), talento que reconocian en él muchas personas de la mas alta clase, en las provincias y en la corte, entre ellas el noble conde de Leicester. Y aunque parece ahora que me olvida, añadió, por el gran cúmulo de negocios de estado que le abruman, estoy firmemente persuadido de que si tuviese que disponer algunas fiestas magníficas para divertir á su magestad la reina, mas de cuatro caballeros vendrian á buscar la humilde choza de Erasmo Holyday. Entretanto, *contentus parvo*, escucho á mis discípulos declinar y conjugar, y paso el tiempo con el socorro de las Musas. He firmado siempre ademas mi correspondencia con los sabios estrangeros, *Erasmus ab die fausto*, y con este título he gozado de la consideracion debida á los sabios, pues el erudito Diedrich

(1) *Holyday* significa en inglés dia de vacaciones, y tambien dia de fiesta. (Nota del Traductor.)

Buckerschockius me ha dedicado bajo este nombre su tratado sobre la letra griega *Tau*. En fin, señor, he sido un hombre dichoso y distinguido.

— ¡Dios quiera que siga esa dicha por muchos años, señor mio! dijo Tresilian; pero permitame vm. que valiendome de su estilo y language le pregunte: *¿quid hoc ad iphycli boves?* ¿que tiene eso que ver con un caballo desherrado?

— *Festina lentè*. Luego vamos á llegar á ese asunto. Ha de saber vm. que habrá cosa de dos ó tres años vino á estas cercanías un hombre que decia llamarse el doctor Doboobie, aunque quizá ni aun habia sido en su vida ni siquiera *magister artium*, á no ser que lo fuese por la gracia de un sopista; ó si tenia algunos grados en las ciencias, se lo habia dado el diablo, porque era un ladino y practicaba lo que vulgarmente se llama la mágica blanca. Me parece, señor, que vm. se impacienta, *impatiens moræ*; pero si un hombre no ha de poder contar su historia á su modo, ¿como quiere vm. que la cuente?

— Pues bien, cuéntela vm. como le diere la gana, pero procurando que no sea demasiado larga, porque estoy de prisa.

— Pues bien, señor, dijo Holyday con una perseverancia inapeable, no diré á vm. que

ese Demetrio, porque asi se llamaba en pais estrangero, fuese precisamente brujo; pero es cierto que se decia iniciado en el órden místico de los Rosacruces, un discípulo de Geber, *ex nomine cujus venit verbum vernaculum gabeur*. Curaba las heridas trabajando sobre el instrumento que las habia hecho; decia la buena ventura por medio de la quimromancia; con un cedazo descubria las cosas robadas; sabia el medio de hacerse invisible; esperaba encontrar pronto la panacea ó remedio universal, y sabia convertir el mejor plomo en plata de poca ley.

— En resumidas cuentas, dijo Tresilian, era un charlatan, un impostor. Pero ¿que tiene que ver todo eso con mi caballo y la herradura que le falta?

— Con un poco de paciencia lo sabrá vm. al momento, respondió el sabio difuso. Paciencia pues, cuya palabra, segun Marco Tulio Ciceron, significa *difficilium rerum diurna perpessio*. Es pues el caso que el dicho Demetrio Doboobie, despues de haber alucinado al pueblo, empezó á brillar *inter magnates*, entre los grandes, y es probable que hubiera conseguido una elevacion considerable si, segun un rumor vulgar cuya certeza ignoro, no hubiese venido el diablo á buscar lo suyo, y cargar con Demetrio, de

quien no hemos oido hablar desde entónces. Ahora entra la *medulla*, el verdadero meollo de mi historia. Este doctor Doboobie tenia un criado, un pobre diablo suplefaltas, que empleaba en encender los hornillos, pesar las drogas, mezclarlas, trazar los círculos, conchavar los pacientes, *et sic de cæteris*. Pues bien, habiendo desaparecido el doctor de un modo tan estraño, como por escotillon, dejando á todo este pais espantado, este su acólito ambidestro dijo con nuestro amigo Virgilio: *¡Uno avulso non deficit alter!* Y á la manera que un mozo de tienda se establece en ella luego que ha muerto el tendero, ó le hace un traspaso dejando aquel comercio, así Wayland abrazó el estado peligroso del doctor á quien habia servido. Pero aunque se halla siempre la gente dispuesta á dejarse persuadir de las arengas y discursos de los que, tomando el título de doctores en medicina, no vienen á ser en resumidas cuentas mas que unos saltimbanquis y charlatanes ignorantes, el pobre Wayland no se hallaba en estado de deslumbrar de esa manera, y no habia paisano que no le dirigiese estos dos versos de Persio, trasladados en su language grosero:

*Diluis helleborum, certo compescere puncto
Nescius examen? Vetat hoc natura medendi.*

Es decir, mezclas y preparas las drogas sin

saber la dósis que debe entrar de cada una; el Dios de la medicina lo prohíbe. Por otra parte, la mala reputacion del amo, su fin sospechoso y estraño, ó por lo menos su desaparicion súbita, hacian que ninguno, á no ser las gentes que nada temen ni en este mundo ni en el otro, fuese á pedir consejo á su sucesor, que probablemente hubiera muerto de hambre si el diablo, que le sirve despues de la muerte, rapto ó huida del doctor, no le hubiera inspirado un nuevo proyecto. Ya sea que deba este talento al diablo, ya sea que le haya adquirido siendo mas jóven, lo cierto es que hierra las caballerías mejor que todos los herradores de la Inglaterra juntos; de suerte que renunciando á curar á los bípedes, á la especie de dos piés, la raza sin plumas, vulgarmente llamada el género humano, se limita ahora al oficio de herrador.

— ¡Es cierto? dijo Tresilian. ¡Hierra en efecto bien los caballos? ¡Y donde vive? Guíeme vm. al punto á su habitacion.

— ¡*O cæca mens mortalium!* He ya empleado esta citacion, pero busco en vano en todos los autores clásicos un pasage capaz de detener al que quiere correr á su perdicion. Escuche vm. en primer lugar las condiciones que este hombre exige por su trabajo, ántes de decidirse á correr el riesgo de ponerse en sus manos.

— No trabaja por dinero, dijo la vieja que con la boca abierta y fijos sus ojos en el dómine escuchaba absorta cada palabra que pronunciaba. Pero esta interrupcion no fué mas del gusto del doctor Holyday que las del viagero.

— ¡Silencio, Gammer Sludge! dijo; *sufflaminata*. A mí me pertenece explicar este asunto á nuestro digno huésped. Esta buena muger dice la verdad, señor; este *faber ferrarius*, por otro nombre herrador, no recibe dinero por cierto de alma viviente.

— Y es una prueba de que tiene hecho pacto con el diablo, dijo la vieja, porque ningun buen cristiano ha rehusado jamas recibir el salario de su trabajo.

— La buena muger ha vuelto á dar en el hito de la dificultad, dijo el pedante: *rem acu tetigit*. Es muy positivo que ese Wwayland no toma dineros, ni aun se deja ver de nadie.

— ¿Y es posible, dijo Tresilian, que ese loco, pues por tal le tengo, sea diestro en su ejercicio?

— En cuanto á eso, señor mio, es preciso dar al diablo lo que es suyo. Mulcifer y todos sus cíclopes no lo harian mejor; pero no seria por cierto prudente pedir socorro ni consejo á un hombre que tiene hecho pacto con el autor de todo mal.

— Correré ese riesgo, señor Holyday; y como mi caballo debe haber comido ya su pienso, doy á vm. gracias de la buena acogida, y le suplico me indique la habitacion de ese hombre para que pueda seguir mi viage.

— *Do manus*. Consiento en ello, pero el universo es testigo de que he advertido á vm. completamente el peligro que corre su alma burlandose asi con Satanás. No le acompañaré á vm. yo mismo, pero enviaré á mi discípulo que le servirá de guia. *¡Ricarde! adsis, nebulo*.

— No por cierto, no lo consentiré, dijo la vieja. Esponga vm. si gusta su alma, pero mi Dick no se encargará de semejante comision. ¿Es posible, señor Holyday, que quiera vm. enviarle á un sitio semejante?

— Escuche vm., muger de Dios. Ricardo irá solamente hasta lo mas alto de la cuesta, y desde allí podrá enseñar con el dedo á este digno viagero el sitio á donde debe dirigirse. Y por otra parte, nada de malo le puede suceder, porque ha leído esta mañana en ayunas un capítulo de los Setenta, y recitado su leccion del Nuevo Testamento griego.

— Y tambien, añadió su madre, he cosido yo en el cuello de su chaqueta un ramito del olmo de las brujas, despues que ese maldito mágico ha empezado á obrar sobre personas y bestias.

— Y como va continuamente á verle por su gusto, segun yo sospecho, puede muy bien acercarse una vez por servir á un viagero; así pues, *heus, Ricarde, adsis quæso, mi didascule.*

El discípulo, llamado de esta manera, se presentó entónces en el cuarto. Era tan pequeñito que no le hubieran dado mas que doce ó trece años, aunque probablemente debía tener mas. Caminaba de medio lado, era feo y contrahecho, y sin embargo se mostraba ingenioso y maligno. Cabello rubio desordenado, rostro cubierto de pecas, nariz aplastada, barba de chancleta, ojos azules muy encajados, y que sin ser enteramente bizcos jamas miraban á derechas, le hacian un ente ridículo. Para completar el cuadro y remachar el clavo, Gammer Sludge le estrechó entre sus brazos llamandole portento de belleza, y colmandole de caricias, á que solo contestó queriendo desasirse.

— *Ricarde*, dijo el preceptor, es preciso que vayas al momento, es decir *protinùs*, hasta el alto de la cuesta, para indicar á este estrangero la habitacion de *Wayland*.

— ¡He aquí una bella comision! dijo el muchacho en mejores términos que se guardaba *Tresilian*. ¿Y quien sabe si volveré? ¿quien sabe si me llevará el diablo?

— Sí, sin duda alguna, dijo la vieja, y vm. hubiera debido pensarlo mejor, señor *Holiday*, ántes de dar tal comision á mi *Benjamin*. ¿Es ese el pago que vm. me da por vestirle y alimentarle?

— *Nugæ*, *Gammer Sludge*; aseguro á vm. que *Satanás*, si acaso *Satanás* toma cartas en este asunto, no le tocará al pelo de la ropa. El sabe muy bien el *pater noster qui est in cælis*, y puede conjurar al demonio en latin: *Eumenidum Stygiumque nefas....*

— Yo he cosido en su manga hojas de fresno montaraz, lo que es mas seguro que los latines de vm.; pero con todo no hay que irse en busca del diablo y sus consortes.

— Muchacho, dijo *Tresilian*, que vió en su fisonomía que obraria mas bien segun su voluntad que la de los demas, te daré una buena gratificacion si quieres acompañarme.

— *Ricardo* le hizo señas de que consentia, exclamando al mismo tiempo: ¡Yo acompañarle á vm.! ¿no le he dicho que podria llevarme el diablo, como se lleva ahora mismo el gato un pollito de mi abuela? añadió mirando por la ventana.

— ¡Ah ladron! ¡ah ladron! gritó la vieja; y pensando solo en su pollo, corrió ácia el patio como una loca.

— Vamos ahora, dijo *Ricardo* á *Tresilian*,

tome vm. su sombrero, pida vm. su caballo, y echemos á andar.

— Aguarda, aguarda, dijo el dómine: *suf-flamina, Ricarde.*

— Dejeme vm., respondió Ricardo, y disculpese vm. con mi abuela de haberme enviado en posta al diablo.

El pedante, que conocia todo el peso de la responsabilidad de que iba á cargarse, procuró nuevamente impedir que partiese. Pero Ricardo tenia buenas piernas; y saliendo de la choza, corrió mas ligero que un corzo hasta cierta altura, miéntras Holyday, sabiendo por esperiencia que seria en vano seguirle, recurria á todos los adjetivos y requiebros mas cariñosos que podia darle el vocabulario latino, para llamarle. Pero los *mi anime, corculum meum*, y otras espresiones semejantes, no produjéron efecto alguno; el muchacho se hizo de pencas, y saltando y brincando en el sitio donde aguardaba, como los duendes á media noche, hacia señas á Tresilian de acercarse.

Sin pérdida de tiempo sacó Tresilian su caballo para seguir al guia. Dió gracias al maestro de escuela, y casi le forzó á recibir una gratificacion que no dejó de calmar la inquietud en que se hallaba miéntras volvia la vieja, lo que no tardó en verificarse, pues el viagero

y su guia estaban cerca aun cuando oyéron los chillidos que daba mezclandolos con las citas clásicas del docto Erasmo Holyday. Pero Ricardo, tan sordo á la voz de la ternura maternal como á la de la autoridad del dómine, iba delante de Tresilian sin detenerse, contentandose con decir que si se ponian roncos con tanto gritar, podian lamer el tarro de miel que habia dejado vacío la vispera.

